

# LIBROS

## Max Aub: Presencia de una voz trasterrada

Hace aproximadamente un año, tras una ausencia de treinta, Max Aub vino, vio y se fue. No tuvo que salir de aquí, como Bergamín, decepcionado y poco menos que a una de caballo. Ni subió a los altares, como Sender, canonizado por un pingüe e inoperante premio literario. Ni recitó, como Casona, palinodias de hijo pródigo vuelto al hogar paterno. Max Aub no venció, ni fue vencido, por la sencilla razón de que no vino a presentar batalla. Max Aub sabía de antemano que su regreso habría de ser fugaz (aunque no, por fugaz, menos doloroso). Esa premeditada actitud de Max Aub suscitó reacciones de signo diverso. Hubo quienes, como José Monleón, comprendieron que «había vuelto en una verdad a medias». Y hubo quien haciendo impune abuso de escarabajo oportunismo propio de quien —políticamente hablando— se sabe con el riñón cubierto, calificó de «mierdecillas devotos» a todos cuantos acogieron con respeto y admiración al gran escritor exiliado.

El caso es que, tal y como estaba previsto, Max Aub regresó de nuevo a su México adoptivo. Debía continuar ejerciendo su difícil profesión de escritor trasterrado. Es esta una profesión que él cumple con tal fecundidad que un crítico mexicano ha llegado a afirmar hiperbólicamente: «Yo recibo todas las mañanas el diario "Excelsior" y el nuevo libro de Max Aub...».

Aunque Max Aub no está entre nosotros, su voz —su obra— nos llega con renovada frecuencia; sobre todo, de un cierto tiempo a esta parte. Sin embargo, debe advertirse —como apunta acertadamente Joaquín Marco— que «el lector español recibe las obras de nuestro autor sin orden cronológico y difícilmente podrá percibir sus líneas evolutivas. La imagen de Max Aub será una imagen trunca, parcial, imaginada». Reconocer cabalmente a Max Aub es algo así como reconstruir un rom-

pecebezas. Para mayor confusión, las piezas de este rompecabezas se nos suministran en entregas esporádicas y desiguales. Y así, del casi absoluto desconocimiento de Max Aub hemos pasado, en el plazo de una década, a la ingestión de una desordenada avalancha en la que se mezclan obras de diferentes épocas y características. En estos últimos meses, el nombre de Max Aub ha rondado por quintuplicado los escaparates de las librerías españolas: cuatro obras —dos novelas, una biografía apócrifa y un pequeño libro de poemas— del propio Max Aub y un ensayo de José Monleón sobre su teatro atestiguan significativamente la presencia entre nosotros de una voz trasterrada (1).

«La calle de Valverde» fue publicada por vez primera en México, hace diez años. En esta novela, cuya acción se sitúa en el Madrid de la dictadura de Primo de Rivera, la interminable nómina de personajes —podría afirmarse sin exagerar que sólo existe un personaje colectivo: el ambiente, el clima vital— se anticipa con efecto retroactivo a la de la tetralogía «El laberinto mágico». Incluso en ambos casos la fórmula narrativa es similar: se entremezclan habilidosamente los personajes imaginarios, los reales (Valle-Inclán, Rivas Cherif, Ortega, Azaña, Fermín Galán, García Lorca, Cossío...) y los «disfrazados» bajo un nombre en clave. El amplio retablo histórico de la época prorroiverista está tratado con un estilo barroco, a veces excesivamente literario —en muchas ocasiones, Max Aub es más «literato» que «escritor», pretendidamente objetivo, sinceramente amargo. Con el paso de los años y la acumulación de ingratas experiencias, el beligerante criticismo juvenil de Max Aub se ha ido trocando en lúcida amargura. En tal sentido, «La calle de Valverde» es tanto un recuerdo nostálgico como una amarga meditación «a posteriori». Y por encima de todo, una excelente novela.

«Las buenas intenciones» nos ha llegado con más años de retraso: fue publicada inicialmente en México, en 1954. Nuestro especialista en narrativa del exilio, José R. Marral López, considera a esta novela «una superación de las anteriores, aunque el intento haya sido menos ambicioso». A través de sus páginas, Max Aub narra las mustias andanzas de Agustín Alfaro, un pobre diablo que camina de frustración en frustración, desde

la dictadura de Primo de Rivera hasta el final de la guerra civil. A partir de un arranque esperpéntico —que retrata de un plumazo la personalidad del protagonista—, la línea argumental se va recargando de caracteres dramáticos hasta culminar en un desenlace inesperado y cruel. «Las buenas intenciones» es una novela de corte clásico, casi galdosiano. Si la trama central no se viese a menudo interferida por derivaciones narrativas ajenas a ella, se podría afirmar que es una de las obras más logradas de Max Aub y, desde luego, uno de los títulos más importantes de la narrativa española contemporánea.

«Vida y obra de Luis Alvarez Petreña» es, por el contrario, una obra confusa y desigual. Consta de tres partes, cada una de las cuales agluti-



na a su vez textos literarios de muy distinta índole. La primera parte fue publicada en Valencia, en 1934, bajo el título de «Luis Alvarez Petreña»; la segunda (ampliación de la primera) vio la luz en México, en 1965; la obra total aparece ahora por primera vez en España. Luis Alvarez Petreña, «hombre repleto de literatura», es, como Josep Torres Campalans, un personaje imaginario a quien Max Aub, mediante la acumulación de datos biográficos y referencias de terceras personas, pretende otorgar existencia real. En este apego de Max Aub a los problemas de la existencia subjetiva se descubre una clara influencia de Unamuno (influencia, dicho sea de paso, precariamente tratada por los comentaristas de la obra de Aub). Pero el regusto por las paradojas existenciales, plenamente logrado en «Josep Torres Campalans», aquí se disuelve en mera literatura inconsecuente. «Tal vez —reconoce Max Aub al comienzo de la tercera parte del libro— no sea serio porfiar con un personaje de tan poca envergadura

como el protagonista de estos sucesos». Y en efecto, no es serio. Ni siquiera divertido.

Fecha también en México, en 1970 (aunque editadas en España), nos llegan unas «Subversiones» («Versión de versiones, subversiones, pues, y no es chiste...»), antología de poemas más o menos orientales demostrativos de «la poca variedad de la inteligencia humana». La obra poética de Max Aub —casi toda perdida— es escasa y débilmente representativa. En estas circunstancias «Subversiones», hasta el título es engañoso. Salvaríamos de la hoguera un poema a Antonin Artaud. Los restantes poemas —que huelen a Borges, aunque no poseen la puñetera gracia de Borges— deberían gozar del olvido.

Concluida por ahora la última entrega del autor, pasemos al glosador, José Monleón, sin sentirse por ello «mierdecilla devoto» (en cuestión de coprofilias no hay nada escrito, que yo sepa), ha publicado un breve —demasiado breve— ensayo sobre el teatro de Max Aub. Es cierto que el texto de Monleón nació como prólogo para un volumen de la colección «El mirlo blanco» dedicado a Max Aub; y que luego creció insensiblemente hasta alcanzar una híbrida dimensión «que ya no vale como prólogo y tampoco tiene la estructura cabal de un libro». Pero este obstáculo formal no me parece tal obstáculo. «El teatro de Max Aub» es —y en ello reside su mayor importancia— un libro a la medida de nuestras necesidades reales. Somos a la vez tan cultos y tan incultos que no nos sirven ya ni el tratado exhaustivo ni la alusión rápida. Necesitamos textos didácticos. Y el de José Monleón lo es.

En definitiva: hemos recibido la «última entrega» de ese rompecabezas llamado Max Aub. Hay, en ella, de todo: bueno y malo. Pronto nos llegará un nuevo eco de su voz trasterrada. En cuanto a él, en cuanto a su ausencia, sólo nos queda preguntarnos

con las palabras de otro poeta trasterrado: «¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo? ¿Hasta cuándo?...». ■ SANTIAGO RODRIGUEZ SANTEBAS.

## De Jorge Guillén a Jorge Isaacs

Uno de los fenómenos más desconcertantes de la cultura española actual es la inflación de títulos publicados. Como por otra parte hay una elevación sensible en el nivel cultural de los directores literarios, el problema de un drogadicto de la lectura es el exceso de droga. De ahí que hoy como nunca se cometan tremendas injusticias por parte del crítico, sometido a la trágica determinación de elegir. Según un «amateur» cálculo de probabilidades es imposible llamar la atención sobre todos los libros interesantes que aparecen en el mercado y por eso tal vez incurramos con cierta frecuencia en la evasión de hablar de los que no se publican. Es una consecuencia más de la ya extrañamente larga e insoportable peculiaridad cultural del país más peculiar de todos los países peculiares.

Se impondría un replanteamiento de lo que son los suplementos literarios, de lo que es la crítica. En la imposibilidad de seleccionar sin injusticia, debiera valorarse y potenciarse las editoriales, las colecciones, los dirigentes culturales y tratar por separado lo que es auténticamente excepción. Las editoriales, las colecciones, los dirigentes culturales producen a un ritmo que exigiría la capacidad de lectura de un San Francisco de Sales o, en el menor de los casos, de un John Fitzgerald Kennedy o de un Pere Gimferrer.

De todos los retrasos críticos injustos, e irremediables que ha cometido TRIUNFO, cabe acusarse en primer lugar de la colección Textos Hispánicos Modernos, publicada por Editorial Labor, bajo el beneplácito remoto de Salvador Clotas y bajo la dirección efectiva del profesor don Francisco Rico. Clotas es uno de nuestros más inteligentes e inconstantes francotiradores críticos y Rico es, con todos los respetos, casi ex niño prodigio de los estudios hispánicos. En plena adolescencia ya controlaba tantas fuentes eruditas como don Ramón Menéndez Pidal y opinaba con un *savoir faire* de congresista habitual.

Personaje idóneo pues para poner en pie la catedral de

(1) MAX AUB, «La calle de Valverde». Ed. Seix Barral. Colección Biblioteca Breve de Bolsillo. Barcelona, 1970.

MAX AUB, «Las buenas intenciones». Alianza Editorial. Colección El Libro de Bolsillo. Madrid, 1971.

MAX AUB, «Vida y obra de Luis Alvarez Petreña». Ed. Seix Barral. Colección Biblioteca Breve. Barcelona, 1971.

MAX AUB, «Subversiones». Ed. Helios. Colección Saco Roto. Madrid, 1971.

JOSE MONLEON, «El teatro de Max Aub». Ed. Taurus. Colección Cuadernos Taurus. Madrid, 1971.